

LA VIDA ETERNA

La vida de los hombres sobre la tierra es un continuo buscar la felicidad. No hay quien no tenga siempre ese deseo, ese anhelo, que anima todos sus esfuerzos. En la vida personal y social hay siempre una tensión hacia la bienaventuranza. No importa que la busquen en distintos lugares; la lucha es la misma. Se esfuerzan los hombres por conseguir la sabiduría, se afanan por alcanzar la ciencia, por desvelar la verdad de las cosas: buscan para sus vidas un sentido y tratan en todas las formas posibles de realizarlo. Sienten también la necesidad de amar y de ser amados, de que se les honre y de ser comprendidos. Sus años son una suma de satisfacciones más o menos conseguidas, de sueños más o menos realizados: el poder, el dinero, la fama, el placer, la seguridad de la vida. Al final, los deseos satisfechos engendran nuevos deseos, y la frustración de los presentes impulsa a una búsqueda nueva. No pocas veces es el desencanto lo que los hombres encuentran como fruto de sus esfuerzos. *Los ríos van todos al mar y la mar no se llena... Todo trabaja más de cuanto el hombre puede ponderar, y no se sacia el ojo de ver ni el oído de oír*¹.

Las gentes y los pueblos trabajan para lograr un destino feliz, pero hay una nota de inmadurez en todas las realizaciones de los hombres, sociales, políticas, o culturales. La inseguridad y la contingencia son algo inevitable, y hasta los mejores deseos

(1) *Eccles.* 1. 7 y 8:

de paz y de progreso se han visto turbados por guerras continuas, por involuciones, por caídas en la desolación y en la miseria.

Con todo, se trabaja siempre con los ojos puestos en el futuro, con la ilusión renovada de una felicidad por venir. Porque la exigencia de esa plenitud responde a la naturaleza más íntima de nuestro ser. Hemos sido creados por Dios a su imagen y semejanza, dotados de inteligencia —capaz de conocer el bien universal— y de voluntad —que apetece necesariamente ese bien—. *Como el bien es el objeto de la voluntad, dice Santo Tomás, el bien perfecto de cada uno es el que da plena satisfacción a su voluntad. Por tanto, desear la bienaventuranza no es otra cosa que apeteecer la saciedad de la voluntad, y esto todos lo desean*².

Nuestra felicidad natural hubiera consistido en conocer, amar y adorar a Dios según las posibilidades de nuestra naturaleza racional. Pero el Señor, por un acto de infinito amor, nos elevó gratuitamente a un orden sobrenatural, absolutamente superior: nos hizo participar de su naturaleza, poniéndonos en un estado de santidad y justicia original, cuyo pleno desarrollo había de llevarnos a la visión beatífica, a participar de su eterna felicidad. Y aunque los hombres perdimos ese estado, *amó tanto Dios al mundo que envió a su Hijo Unigénito*³: nos ha hecho otra vez partícipes de la naturaleza divina por su gracia. Desde entonces se han redoblado nuestros deseos, y más exigentes brotan los anhelos del corazón humano. *Como el ciervo ansía la corriente de las aguas, así te anhela mi alma, ¡oh Dios! Mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo iré y veré el rostro de Dios?*⁴. No bastan todos los bienes de la tierra, el corazón ansía a Dios: *conturbada está mi alma, Dios mío; siempre estoy acordándome de ti, desde la tierra del Jordán, desde las cumbres del Hermón y del monte Meser*⁵. El alma anda en la tierra como peregrina, suspirando por alcanzar la morada de Dios, el cielo. *¡Cuán amables son tus moradas, oh Yavé Sebaot! Anhela mi alma ardientemente los atrios de Yavé*⁶.

LA GRACIA Y LA GLORIA

Por medio de la gracia, el Espíritu Santo realiza en nos-

(2) Santo Tomás, *S. Th.* I-II, q. 5, a. 8 c; (3) *Ioann.* III, 16; (4) *Ps.* XLII, 2 y 3; (5) *Ps.* XLII, 7; (6) *Ps.* LXXXIII, 2 y 3;

otros el comienzo —una primicia— de la vida de la gloria que tendremos en el cielo. Dios nos ha hecho renacer por el bautismo y nos ha renovado por el Espíritu Santo, que El derramó sobre nosotros copiosamente por Jesucristo Salvador Nuestro, para que justificados por la gracia de Jesucristo, vengamos a ser herederos de la vida eterna, conforme a la esperanza que tenemos. Doctrina es ésta ciertísima, y deseo que arraigues bien en ella a los que creen en Dios, a fin de que procuren aventajarse en practicar buenas obras ⁷.

La luz de la gracia —*lumen gratiae*— que comunica a nuestras almas hermosura y amabilidad a los ojos de Dios, es el amanecer, el germen de la luz de la gloria —*lumen gloriae*— en la que Dios reflejará en nosotros su propio esplendor, haciéndonos contemplar y participar de su vida íntima. Porque *al presente no vemos a Dios sino como en un espejo, y bajo imágenes oscuras; pero entonces le veremos cara a cara. Yo no le conozco ahora sino imperfectamente, mas entonces le conoceré del mismo modo como yo soy conocido* ⁸. Prenda de esta realidad, es la filiación divina, que nos hace herederos del cielo. *Carísimos, nos dice San Juan, nosotros somos ahora hijos de Dios, mas lo que seremos algún día no aparece aún. Sabemos que cuando se manifieste claramente Jesucristo, seremos semejantes a El, porque le veremos como El es* ⁹.

La visión —ahora velada— de la fe despertará para siempre en la visión intuitiva de la esencia divina; la esperanza tendrá su fin y su descanso cuando poseamos plenamente lo que ahora deseamos; la caridad, anhelante de unión, se verá colmada de amor, con la complacencia y el gozo que se siguen de la visión perfecta de Dios ¹⁰.

Con acentos de infinito amor nos habla el Señor muchas veces, en el Evangelio, de la felicidad que nos espera. *La voluntad de mi Padre, que me ha enviado, es que yo no pierda a ninguno de los que me ha dado, sino que los resucite a todos en el último día. Por tanto, la voluntad de mi Padre, que me ha enviado, es*

(7) *Tit.* III, 5-8; (8) *I Cor.* XIII, 12; (9) *1 Ioann.* III, 2; (10) Cfr. Santo Tomás, *S. Th.* Supl., q. 95, a. 5 c;

que todo aquel que ve al Hijo, y cree en El, tenga vida eterna, y yo le resucite en el último día¹¹. Oh Padre, yo deseo ardientemente que aquellos que Tú me has dado, estén conmigo allí donde yo estoy, para que contemplen mi gloria, que Tú me has dado: porque Tú me amaste antes de la creación del mundo¹². Y al final de su vida terrena, cuando ya se iba de nuevo al Padre, consuela a sus discípulos: Yo voy a preparar lugar para vosotros. Y cuando habré ido, y os haya preparado lugar, vendré otra vez y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros¹³. Allí, los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre¹⁴.

De mil maneras nos habló Jesús de la felicidad del cielo. Por medio de parábolas nos expresó la familiaridad que allí tendremos con su Padre y con el Espíritu Santo; la alegría infinita, que nadie nos podrá quitar. Vosotros ahora tenéis tristeza; pero de nuevo os veré, y se alegrará vuestro corazón, y nadie podrá quitaros vuestra alegría¹⁵.

Parte del plan de la Providencia divina ha sido revelarnos esa gloria futura que nos espera. Por Isaías, nos describe la ciudad donde ya no será el sol tu lumbrera, ni te alumbrará la luz de la luna. Yavé será tu eterna lumbrera, y tu Dios será tu luz. Tu sol no se pondrá jamás, y tu luna nunca se esconderá, porque será Yavé tu eterna luz; se acabarán para siempre tus días de luto¹⁶.

Nuestro Padre nos ha invitado muchas veces a reflexionar sobre el cielo. *Vamos a pensar lo que será el cielo.* Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para los que le aman (I Cor. II, 9). *¿Os imagináis qué será llegar allí, y encontrarnos con Dios, y ver aquella hermosura, aquel amor que se vuelca en nuestros corazones, que sacia sin saciar?*¹⁷.

Yo me pregunto muchas veces al día: ¿qué será cuando toda la belleza, toda la bondad, toda la maravilla infinita de Dios se vuelque en este pobre vaso de barro que soy yo, que somos todos nosotros? Y entonces me explico bien aquello del

(11) *Ioann.* III, 40; (12) *ibid.* XVII, 24; (13) *ibid.* XIV, 2 y 3; (14) *Matth.* XIII, 43; (15) *Ioann.* XVI, 22; (16) *Isai.* LX, 19 y 20; (17) *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 127;

Apóstol: ni ojo vio, ni oído oyó... Vale la pena, hijos míos, vale la pena.

LA ETERNA BIENAVENTURANZA

No hay palabras bastantes para expresar ni de lejos cómo será nuestra vida en el cielo. La Teología, la razón iluminada por la fe, nos ayuda a entrever algo de lo que será esa vida eterna.

Antes de nada, *la glorificación y deificación de la criatura es una elevación por encima de todo lo natural y finito, es una actividad de Dios, inmediata e infinita,... todopoderosa, omnipotente; de la que brotan, para todos aquellos que la reciben, una alegría y un gozo inefables; y más que inefables: una alegría y un gozo para los que no es posible hallar en la naturaleza de las cosas ni fundamento o representación, ni concepto o expresión*¹⁸.

Esencialmente, la bienaventuranza consiste en la visión de Dios, intuitiva, inmediata, y de todas las cosas en Dios, y en la alegría y gozo que siguen a esa visión. *Por esa visión nos asemejaremos en gran manera a Dios, haciéndonos participantes de su bienaventuranza... Por eso dice el Señor en San Lucas*¹⁹: Y Yo os preparo un banquete, como me lo preparó mi Padre, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino... *Luego en la mesa de Dios comen y beben quienes gozan de la misma felicidad con que El es feliz, viéndole como El se ve a sí mismo*²⁰.

El cielo será para nosotros la perfecta vida de unión con Cristo, ya desvelada, ausente todo impedimento para la identificación total. Y con Cristo seremos partícipes de la contemplación eterna del Padre, en el Espíritu Santo; nos endiosaremos. Será una visión facial, para la que necesitaremos de una elevación especial, el *lumen gloriae*, que Dios infundirá en nuestro entendimiento, pues no basta la gracia para la contemplación directa de la esencia de Dios. Extasiados, contemplaremos la corriente vital intratrinitaria, escucharemos el diálogo eterno de las Tres divinas Personas.

De la contemplación amorosa de las Tres Personas divinas se seguirá para nosotros un gozo ilimitado. Todas nuestras exigencias de amor y de felicidad quedarán plenamente colmadas.

(18) San Máximo Mártir, *Cent. oecon.* 4, 19; (19) *Luc.* XXII, 29 y 30; (20) Santo Tomás, *C. G.* III, c. 51;

Aunque nunca lleguemos a comprender totalmente la esencia divina tal como es en sí misma —ni siquiera los Angeles tienen esa posibilidad—, comprenderemos todo lo que es posible comprender, gracias al *lumen gloriae*, de forma que no habrá ya deseo alguno insatisfecho.

Cuando hayamos llegado a la perfecta bienaventuranza, nada nos quedará que desear, puesto que allí será pleno nuestro goce de Dios, y con él obtendremos todos los demás bienes que hubiéremos ambicionado, según aquello: El colma de bienes tu deseo²¹. Por consiguiente, se aquietará el deseo, no sólo aquél con el que deseamos a Dios, sino también todos los demás. Por lo cual, el gozo de los bienaventurados será perfectamente completo y aun sobreabundante, puesto que obtendrán más de lo que hubieran podido desear. Ni pasó por corazón de hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman²², y esto es lo que dice San Lucas²³: se os dará una medida colmada hasta que se derrame. Pero, como ninguna criatura es capaz de adecuar estrictamente el gozo de Dios, síguese que este gozo no es alcanzado por el hombre en su completa totalidad, sino que más bien es el hombre quien será absorbido en él: entra en el gozo de tu Señor²⁴⁻²⁵.

Es un regalo de Dios, que nunca podremos agradecer bastante. Pero, además, existe una bienaventuranza accidental, por la que nos gozaremos de los bienes creados que responden a nuestras aspiraciones. La compañía de las personas justas que más hemos querido en la tierra: familia, amigos; y también la gloria de nuestros cuerpos resucitados. *La vida eterna, además de en la visión de Dios, en la suma alabanza, en la perfecta seguridad, consiste en la gozosa sociedad de todos los bienaventurados; sociedad que será deleitable en grado máximo, porque cada uno amará al otro como a sí mismo, y por consiguiente se alegrará del bien del otro como del suyo propio. Lo que hace que aumente tanto la alegría y el gozo de uno, cuanto es el gozo de todos²⁶. Es verdad que ninguna de estas cosas es necesaria, pues sólo Dios colma plenamente nuestra capacidad de ser felices, incluso si hu-*

(21) Ps. CII, 5; (22) 1 Cor, II, 9; (23) Luc. VI, 38; (24) Matth. XXV, 21; (25) Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 28, a. 3 c; (26) Santo Tomás, In Symb. Apost, a. 12, n. 1015;

*biera una sola alma que gozase de Dios, sería feliz, aunque no tuviese prójimo a quien amar. Pero supuesto el prójimo, su amor se sigue del perfecto amor de Dios. De donde resulta que la amistad es como concomitante a la perfecta bienaventuranza*²⁷. Si ya aquí en la tierra nos produce tanta alegría la presencia de las personas a quienes amamos, aun siendo casi siempre transitoria, pensemos cuál será la felicidad de encontrarnos allí con quienes deseábamos estar siempre en la tierra. *Si el Amor, aun el amor humano, da tantos consuelos aquí, ¿qué será el Amor en el Cielo?*²⁸.

RESURRECCIÓN DE LOS CUERPOS

Nuestra vida del cielo estará alejada de toda posible inquietud. Tendremos la plena seguridad de la permanencia; no sufriremos el temor de perder lo que nos hace felices, ni desearemos algo distinto. No será un sucederse monótono de cosas iguales, sino *que este Bien, que satisface siempre, producirá en nosotros un gozo siempre nuevo. Cuanto más insaciablemente seáis saciados de la Verdad* —nos dice San Agustín— *tanto más diréis a esta insaciable Verdad: amén: ¡es verdad! Tranquilizaos y mirad; será una continua fiesta*²⁹.

*Mientras que los bienes sensibles nos cansan cuando los poseemos, los bienes espirituales, al contrario, los amamos más cuanto más los poseemos; porque éstos no se gastan ni se agotan, y son capaces de producir en nosotros una alegría siempre nueva... Es como si Dios penetrase cada vez más profundamente en nuestra voluntad*³⁰. Será una juventud eternamente joven, una lozanía siempre nueva. No habrá incompatibilidades ni contradicciones. *No padecerás allí límites ni estrecheces al poseer el todo; tendrás todo, y tu hermano también tendrá todo; porque vosotros dos, tú y él, os convertiréis en uno, y este único todo también tendrá a Aquél que os posea a ambos*³¹. Será la plenitud de la Comunión de los santos.

¿Qué discurso podrá representar lo que luego ha de seguirse: el placer, la dicha, el júbilo de la presencia y el trato con Cris-

(27) Santo Tomás, *S. Th.* I-II, q. 4, a. 8 ad 3; (28) *Camino*, n. 428; (29) San Agustín, *Sermo.* 362, 29; (30) Santo Tomás, *S. Th.* I-II, q. 2, a. 1 ad 3; (31) San Agustín, *Enarr.* in *Ps.* XXXVI, 1;

to? No hay lengua que pueda explicar la bienaventuranza que goza ni la ganancia de que es dueña el alma que ha tornado a su propia nobleza y que puede en adelante contemplar a su Señor. Y no sólo se goza de los bienes que tiene en su manos, sino de saber con certidumbre que esos bienes no han de tener fin jamás³².

No perderemos nuestra personalidad; y aun nuestro cuerpo será el mismo que el de la tierra, pero revestido de gloria y esplendor. Porque, al morir, *el cuerpo, a manera de una semilla, es puesto en la tierra en estado de corrupción y resucitará incorruptible; es puesto en la tierra todo disforme y resucitará glorioso; es puesto en tierra privado de todo movimiento y resucitará lleno de vigor; es puesto en tierra un cuerpo animal y resucitará un cuerpo espiritual... Los muertos, pues, resucitarán en un estado incorruptible, y nosotros seremos inmutados. Porque es necesario que este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad, y que este cuerpo mortal sea revestido de inmortalidad*³³.

En el cielo nuestros cuerpos tendrán, por tanto, características diferentes, pero seguirán siendo cuerpos y ocuparán un lugar, como ahora el Cuerpo glorioso de Cristo y el de la Virgen. No sabemos cómo ni dónde está ese lugar. La tierra de ahora se habrá transfigurado; habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido; y el mar no existía ya. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descender del cielo por la mano de Dios, compuesta, como una novia engalanada para su esposo. Y oí una voz grande que venía del trono y decía: ved aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres, y el Señor morará con ellos; y ellos serán su pueblo y el mismo Dios habitando en medio de ellos será su Dios. Y Dios enjugará de sus ojos todas las lágrimas, y no habrá ya muerte, ni llanto ni alarido, ni habrá más dolor, porque las cosas de antes son pasadas. Y dijo el que estaba sentado en el solio: he aquí que renuevo todas las cosas³⁴. Todas estas revelaciones son como requerimientos de amor de Dios a los hombres.

Mostrome un río de agua de vida, claro como un cristal,

(32) San Juan Crisóstomo, *Ad Theod. lapsum* 1, 13; (33) 1 Cor. XV, 35-44; (34) Apoc. XXI, 1-7;

que manaba del solio de Dios y del Cordero. En medio de la plaza de la ciudad, y de la una y otra parte del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto, y las hojas del árbol sanan a las gentes. Allí no habrá jamás maldición alguna; sino que Dios y el Cordero estarán sentados en ella, y sus siervos le servirán. Y verán su cara y tendrán el nombre de El sobre sus frentes. Y allí no habrá jamás noche, ni necesitarán luz de antorcha, ni luz de sol, pues el Señor Dios los alumbrará, y reinarán por los siglos de los siglos³⁵.

Al entrever esta maravilla de felicidad que la misericordia divina nos ha preparado, el alma no puede menos que estallar en agradecimiento: *cantaré cantos al nombre de Dios, y le ensaltaré con himnos de alabanza*³⁶. Y crece paralelamente el deseo de cumplir en todo la Santa y Amabilísima Voluntad de Dios: de realizar plenamente nuestra misión de apóstoles en medio del mundo, a la que el Señor nos ha llamado con vocación divina, para sembrar la alegría y la paz en todos los caminos de la tierra. Sin asustarnos por nuestras miserias personales, depositando toda nuestra confianza en Dios y en su Madre Santísima, nos afanamos en alcanzar la santidad en nuestro estado, en el ejercicio de la propia profesión u oficio, en el cumplimiento de nuestros deberes sociales, por encima de todas las dificultades, con la ilusión de escuchar después las palabras sumamente amables de Jesús: *muy bien, siervo bueno y fiel,....: ven a participar del gozo de tu señor*³⁷.

Un gran Amor nos espera en el Cielo: sin traiciones, sin engaños: todo el amor, toda la belleza, toda la grandeza, toda la ciencia... Y sin empalago: nos saciará sin saciar.

Ha habido siempre herejes —ya los había en vida de los Apóstoles— que han tratado de quitarnos esa esperanza. Si se predica a Cristo como resucitado entre los muertos, ¿cómo es que algunos de vosotros andan diciendo que no hay resurrección de los muertos? Pues si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado. Pero si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, y vana es también nuestra fe... Si nosotros sólo tenemos esperanza en Cristo, mientras dura nuestra

(35) *Apoc.* XXII, 1-5; (36) *Ps.* LXVIII, 31; (37) *Matth.* XXV, 23;

vida, somos los más desdichados de todos los hombres (I Cor. XV, 12-14 y 19).

*Conllevemos todas las dificultades de esta navegación nuestra, en medio de los mares del mundo, con la esperanza del cielo: para nosotros y para todas las almas que quieran amar, la aspiración es llegar hasta Dios: la gloria del Cielo. Si no, nada de nada vale la pena. Para ir al Cielo, hemos de ser fieles. Y para ser fieles, hay que luchar, ir adelante en nuestro camino, aun cuando caigamos de bruces alguna vez: con El nos levantaremos*³⁸.

El pensamiento del premio que nos aguarda es un acicate para sostener en todo momento el combate de la santidad. Yo, escribía San Pablo, *sigo mi carrera por ver si alcanzo aquello para lo cual fui destinado por Jesucristo... Mi única mira es, olvidando las cosas de atrás, y atendiendo sólo y mirando las de delante, ir corriendo hacia la meta, para ganar el premio a que Dios nos llama desde lo alto por Jesucristo*³⁹. Pensando en la felicidad sin fin del cielo, nos ha dicho el Padre: *¡vale la pena desprenderse de las cosas de la tierra! Con la fe, por el Amor y la esperanza, vale la pena saber decir que no a tantas cosas de este mundo. Padre, ¿y si no puedo? ¡Nosotros podemos! Omnia possum in eo qui me confortat (Philip. IV, 13). Llenaos de confianza, porque El que comenzó la obra, la perfeccionará (cfr. Philip. I, 6)*⁴⁰.

(38) Carta *Videns eos*, 24-III-1931, n. 55; (39) *Philip.* III, 12-14; (40) *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 127.